el motivo de su aflicción por más que lo sospechaba, Isabel de San Pablo, con agudo ingenio, sintetizó lo que sufrían con una admirable respuesta:

—*¿Qué hemos de haber, Madre? Que ya parece no somos pobres.* (*Fundaciones*, cap. XV, número 10.)

CAPITULO VII

LA PRINCESA DE ÉBOLI

I

El arreglo de todos los asuntos terminó pocos días antes de Pascua de Espíritu Santo: era el primero en que la fundadora, después de revisar rejas, locutorio, torno, redes é iglesia, ajustado cuentas, despedido trabajadores, hecho abastecimiento de cuanto era posible en el escaso caudal que poseían, y escrito y contestado muchas cartas llenas de juiciosas advertencias y saludables consejos, fué á sentarse en el refectorio con una alegría y tranquilidad de espíritu como hacía mucho tiempo no disfrutaba.

Sus pensamientos se enlazaban unos á otros como mariposas de irisados colores prendidas con hilos de oro; daba gracias á Dios del venturoso término que aquel difícil negocio había tenido; admiraba la prudencia con que Isabel de Santo Domingo regía la Comunidad, de que estaba nom-

brada Priora; recreábase en haber dado nueva prueba de su amor á San José fundando otra Casa en su bendito nombre, á la vez que se la encomendaba muy de veras; disfrutaba un pasajero alivio, durante el cual sus males parecían dormir para despertar luego con más violencia (cuyos breves intervalos solían ser su mayor salud); volvía en rededor los ojos, y las humildes y penitentes jóvenes que la cercaban hacían gozar á su espíritu grandísimo consuelo, y pensaba, en fin, que el descanso de la próxima Pascua le dejaría algún más tiempo para dedicarse á la oración.

Vibró entonces la voz de la Lectora, y al escucharla se recogió en meditación profunda.

La comida fué breve; en las casas de penitencia no se gasta el tiempo en fastuosos convites, que al regalar el cuerpo enflaquecen el ánimo; se alimenta al esclavo, que es el cuerpo, con ligereza y frugalidad, y eso porque es preciso que no desmaye; en cuanto al señor, que es el alma, nada se le escasea de cuanto necesita para su vida espiritual.

Apenas concluída de recitar la oración de gracias, llegaron á decir á Teresa que esperaba en el locutorio un propio enviado por la princesa de Éboli.

Sintió la fundadora al recibir este aviso como un presentimiento de nuevos cuidados; pero tal era su deseo de padecer y trabajar por Dios, que no experimentó contrariedad alguna, por más que la noticia llegara en el primer momento de aquel descanso que tenía.

II

Doña Ana de Mendoza, princesa de Éboli, mujer de Ruy Gómez de Silva, el poderoso valido del rey Felipe II, estaba en la época de nuestra historia en el apogeo de su prosperidad; como el marido dominaba la corte, trataba ella de dominar hasta la inquebrantable voluntad del Monarca, y se creía tan segura de su influencia que no temía cambio alguno. Razón le sobraba para figurárselo, pues ni la nube más ligera empañaba el brillante cielo de sus glorias, y la hora de los desengaños debía tardar algún tiempo.

Hacía un año que esta señora, por conducto de Doña Leonor Mascareñas, escribió á Teresa de Jesús proponiéndole fundar un convento en la villa de Pastrana; á la respuesta de la fundadora aceptando, tornó á escribir para concertar los tratos; pero nada menos esperaba la santa Madre que tan pronta resolución del asunto como anunciaba la venida del mensajero.

Algo preocupada fué al locutorio. ¿Cómo dejar á Toledo cuando se acababa de hacer la fundación y había tantas necesidades que cubrir? En el patio halló á las monjas alborotadas por el temor de que tuviera que ausentarse; lloraban tanto, que oprimieron dolorosamente su corazón; pero disimuló sus impresiones, y con paso firme entró en el locutorio.

Allí estaba el mensajero, que le entregó una abultada carta en que la noble señora decía: «Que, resuelta á no retardar la fundación en su villa de Pastrana, enviaba aquel pliego con un

criado fiel, que llevaba al mismo tiempo el encargo de acompañarla hasta dicho punto, donde ya ella la esperaba; advertíale mucho que no lo demorara ni un día, pues era fácil se perdiera la oportunidad.»

—Siento en el alma no poder dar gusto á mi señora la Princesa, —dijo la religiosa al terminar la lectura de los indescifrables garrapatos con que expresaba su voluntad la poderosa dama; —pero ahora es imposible que me ausente de Toledo.

—Entonces no sé qué hará, —repuso el hombre vivamente contrariado; —la señora ha ido en persona para recibir á su reverencia, y tomará por afrenta que no vaya.

—¡No permita el Señor que tal crea! Pero si supiera lo que ha costado este convento y los lazos que á él me atan, comprendería que no puedo abandonarlo tan pronto.

—Haga su reverencia lo que estime justo; tal es su cordura, que de seguro ha de acertar; pero si encuentra medio de complacer á la Princesa, no deje de hacerlo.

—Procuraré cuanto esté de mi parte; en tanto, vaya vuesa merced á comer y descansar; yo escribiré á Doña Ana, y veremos si puede esperar sin enojarse.

—Difícil lo creo, —pensó el criado mientras saludaba. Y añadió para sí: —no sufre dilaciones quien está acostumbrada á que todos la obedezcan.

III

Una vez sola, Teresa se puso á pensar en su situación con mucha congoja: los disgustos y

contradicciones que había sufrido; el estar apenas apagada la hoguera de los furores con que se encendió el Consejo de la Gobernación llegando con sus chispas á la corte, alborotando al Nuncio y haciéndole cometer injusticias contra ella, enflaquecían su ánimo y la retraían de exponerse á nuevos combates: por otra parte, la impulsaba á ceder el carácter de la Princesa, que había de creerse humillada y temía se le volviese enemiga, y, sobre todo, la necesidad en que estaba la Orden del apoyo y protección de Ruy Gómez de Silva.

Cuando más afligida se hallaba con tan graves cuidados, oyó lamentaciones y suspiros de sus hijas que la lloraban ya como ausente; la fundadora salió del locutorio tranquila en apariencia, les habló con cariño, exhortándolas á someterse en todo á la voluntad de Dios, y cuando las dejó resignadas se retiró á orar, pidiendo á su divino Esposo luz y acierto para escribir á la poderosa dama sin enojarla: mas no era esto lo que el Señor quería; así, la voz cuyo eco le era tan conocido, interrumpió sus vacilaciones con estas palabras:

—«*Hija, no dejes de ir, que á más vas que á esa fundación; llévate las Reglas y las Constituciones.*» (*Fundaciones*, cap. XVII, núm. 2.)

Cuando mandaba el Señor todas las dificultades se allanaban, y la santa Madre salió del coro tan serena como atribulada había entrado; después de consultar con su confesor, á quien halló conforme, dió sus postreros mandatos para el buen gobierno de la Casa, y el segundo día de Pascua de Espíritu Santo salió de Toledo en un lujoso coche de camino que la princesa de Éboli le había enviado.

IV

Aunque la naturaleza brillaba en todo su esplendor, y los valles lucían caprichosa alfombra de matizadas flores, la fundadora no prestaba atención alguna á sus galas; la idea de lo que dejaba, y más todavía de lo que iba á encontrar, la preocupaba en extremo.

En Madrid la esperaba con gran deseo de consultarle un asunto de importancia Doña Leonor Mascareñas, que vivía retirada en su convento de religiosas franciscas: la santa Madre fué á parar con ella, y noticiosas de su llegada, acudieron al locutorio muchas damas principales, ansiosas de conocer á la sierva de Dios, no sólo por la fama de sus virtudes, sino por la de su clarísimo ingenio; así, esperaban oirle sentencias sublimes y elevados conceptos en todos los ramos del humano saber; pero Teresa de Jesús, que adivinó fácilmente el espíritu de curiosidad que las guiaba, y que en su modestia nada temía tanto como singularizarse, adoptó la expresión más sencilla que pudo dar á su inteligente semblante para exclamar:

—*¡Oh mis señoras, y qué hermosas calles tiene Madrid!* (P. Yepes, lib. III, fol. 64.)

Fué todo lo que habló, y por las miradas de sorpresa que las visitantes cambiaron, comprendió que había logrado el objeto que se proponía.

Cuando quedó sola con Doña Leonor, ésta le habló largamente del asunto que la preocupaba: tratábase de un caballero italiano, doctor de gran talento, que había vivido muchos años en la corte de Polonia y desempeñaba en palacio honrosos cargos como Intendente de la Reina: por sus relevantes méritos era muy estimado de cuantos le conocían, y disfrutaba una encomienda de San Juan; pues aunque tuvo buenas ocasiones de casarse, jamás quiso hacerlo.

Pero entre las lisonjas de la corte cayó la desgracia sobre él tan de improviso, que sería asunto de grave consideración ver por este ejemplo las falsas torres con cimientos de arena que son el favor de los poderosos y las grandezas de la vida.

Una vez se alborotó la capital con la alevosa muerte que dieron á un noble caballero, y los envidiosos, que nunca faltan en torno de los que gozan la privanza de los reyes, acusaron de haber tratado en ella al intendente de Palacio: con tal motivo fué reducido á prisión y colmado, durante dos años, de trabajos, injusticias y crueldades. Con gran ánimo y confianza sufría el buen doctor horas tan amargas, y, seguro de su inocencia, ni quiso admitir letrados que le defendieran en todo el tiempo que duró la causa; mas los ojos de su alma se abrieron con ocasión de ella á muy anchos horizontes; comprendió las vanidades del mundo para despreciarlas, y cuando reconocida su virtud quedó libre, no volvió á enlazarse con doradas cadenas, sino que voló á una soledad que había cerca de Sevilla, nombrada el Tardón, y allí, en hábito de ermitaño y llamándose Mariano de San Benito, se dedicó á servir al Señor con tan buen ánimo que, después de ocho años de penitencias, determinó pasar á Roma y pedir al Pontífice le diese Reglas y modo de vivir, con el objeto de fundar una nueva Religión.

—¿Qué le parece á su reverencia el proyecto?—preguntó Doña Leonor al acabar de referir cuanto se relacionaba con tal sujeto.

—Que hará un buen descalzo,—respondió sencillamente la fundadora.

V

Al día siguiente, el aya del Rey y Teresa de Jesús fueron al locutorio, donde las esperaba el ermitaño Mariano con un compañero, cuya humildad se revelaba hasta en el nombre que había elegido: llamábase Juan de la Miseria.

El antiguo intendente de la reina de Polonia era hombre de edad madura, enflaquecido por las penitencias, curtido del sol y el aire, y sombrío, no tanto por el recuerdo de las injusticias que había padecido, cuanto por el de los años que perdió de trabajar por la salvación de su alma. Sentía viva repugnancia en acceder á las indicaciones que le hizo Doña Leonor, é iba decidido á rechazarlas abiertamente sólo porque una mujer era el alma de la Reforma del Carmelo. ¡Tan enemigo era de tener trato ninguno con ellas! Así empezó á negarse, aunque con gran delicadeza, y concluyó asegurando que ansiaba cada vez más ir á Roma y realizar su idea.

—Bien manifiesta constancia vuesa merced,—dijo con algún despecho, cortesanamente disimulado, Doña Leonor, mientras Teresa, sentada en el fondo del locutorio, silenciosa y cubierta con su velo, aguardaba que la conversación le ofreciera medio de introducirse en ella.

—No hay mérito alguno en ser constante

cuando tan gustosamente paso la vida en mi yermo del Tardón,—repuso el ermitaño sin levantar los ojos;—y creo sería insignie locura, si no monstruosa ingratitud, dejar por otra la buena compañía que allí tengo.

—Al menos debiera vuesa merced leer las Reglas y Constituciones de los religiosos descalzos, y tal vez le entrarían deseos de profesarlas.

—Es inútil, señora; yo no he de ser carmelita.

—No asegure de ese modo,—dijo con voz dulce y gravemente sonora la santa Madre;—nada se puede afirmar, hermano, mientras dura la batalla que llamamos *vida*.

El ermitaño alzó los ojos, y á la opaca luz del locutorio contempló aquel bulto informe, en que se confundía lo negro del velo con el blanco de la capa, y sintió como disgusto de haber manifestado tan claramente su opinión.

—¿Sabe su reverencia—dijo—nuestra manera de vivir? Habitamos celdas separadas, y sólo nos reunimos para oir Misa; no tenemos rentas ni queremos recibir limosnas; vivimos de nuestro trabajo, y comemos con harta pobreza; sujetos en todo á nuestro santo Mayor, el Padre Mateo, de quien sin duda habréis oído hablar, pues la fama de sus virtudes es grandísima; pero como el Concilio de Trento ha mandado que los ermitaños se agreguen á las Órdenes religiosas, busqué y examiné cuál me convendría por su mayor parecido con la que sigo hace ocho años; y como nada hallo conforme á mis deseos, he decidido ir á Roma.

—Lea entonces vuesa merced nuestras Constituciones,—insistió la fundadora;—ellas le harán ver la perfección que tienen para vivir como

anhela; en especial lo del trabajo de manos, á que tan inclinado se muestra. Además, se puede hacer mucho bien al prójimo con enseñanzas, ejemplos, oraciones y pláticas. ¿Ama vuesa merced la pobreza? Andese por el mundo sin más caudales que el hábito y el breviario, como hacemos los hijos del Carmelo. ¿Le enamora la mortificación y obediencia? Nuestra Regla obliga á profesarlas con todas las fuerzas del cuerpo y los alientos del espíritu.

El ermitaño callaba, pero sentía rendírsele poco á poco el corazón á tan discretas razones; luchaba, sin embargo, y aplazó la resolución que debía tomar para el siguiente día; en cuanto á Juan de la Miseria, oía hablar á Teresa de Jesús cual si oyera cantar á los ángeles; y como no alcanzaba las sutilezas de ingenio que el doctor italiano, se había decidido á ser el más humilde y fervoroso de los carmelitas descalzos.

VI

Al caer el sol del otro día iba á marchar la santa Madre, y se despedía en la puerta reglar de Doña Leonor y la Comunidad, á quien dejaba edificada, cuando llegó apresurado el Hermano Mariano de San Benito.

—Tome su reverencia,—dijo entregando á Teresa de Jesús el libro de las Constituciones;—voy á ser descalzo; pero no me espanta serlo, sino que una mujer me haya convencido.

—Nuestro Señor haga que sea para su gloria y vuestra santificación,—repuso con alegría la santa Madre, que adivinaba el mérito del nuevo religioso.

Entonces vió claramente lo que significaba la revelación de Toledo, y partió de Madrid deseosa de aprovechar lo más pronto posible la segunda licencia que el General le había concedido.

Cuando llegó á Pastrana, la princesa de Éboli y su esposo la recibieron con hermosas distinciones; pero todas las ventajas que al principio ofrecía el asunto se trocaron en dificultades, y la misma que llamaba con empeño fué la primera en contradecir. Doña Ana quería tales condiciones que era imposible á la fundadora aceptarlas, y los tratos se dilataron con gran desconsuelo de la santa Madre, á quien desasosegaba al mismo tiempo la falta que hacía en sus monasterios.

Por fin Ruy Gómez arregló las diferencias, la Princesa cedió á los justos deseos de la religiosa, probando así que la distinguía como á pocas personas, y á los tres meses, último día de la Octava de la Visitación, 9 de Julio de 1569, se fundó el convento de Nuestra Señora de la Concepción, con grande alegría del pueblo y mucho más de la que se desvivía por aumentar los dichosos verjeles en que tanto recreo hallaba su Esposo celestial.

Las súplicas de Teresa consiguieron al mismo tiempo, que el príncipe de Éboli llamase á Pastrana al P. Mariano y á su compañero Juan de la Miseria. La santa Madre escribió á la vez á Fr. Antonio de Jesús, prior de Mancera, que vino casi al par de los antes nombrados. Ruy Gómez cedió una casita, en la que se fundó el segundo convento de descalzos, tomando los dos

ermitaños del Tardón, de manos de Fr. Antonio, el hábito de legos, pues su humildad no quiso otro, y con ellos el de religioso uno de los más célebres predicadores de aquella época, que se llamó en la Orden reformada Fr. Baltasar de Jesús.

Terminado este asunto, la fundadora hizo venir de Toledo, para dejarlas de Priora y Superiora en el convento que patrocinaba Doña Ana de Mendoza, á Isabel de Santo Domingo é Isabel de San Pedro; hecho este arreglo, marchó de Pastrana para volver á la imperial ciudad.

CAPITULO VIII

LA NOCHE DE ÁNIMAS

I

En pequeñísima celda del convento de Toledo, y apoyada en una mesa cargada de papeles, estaba Teresa de Jesús, empleando sus breves momentos de reposo en escribir cartas, ajustar cuentas y anotar sus pensamientos en los manuscritos que habían de ser un día joyas sin precio de la literatura española.

La humosa luz de una lámpara de barro, que hacía más opaca la obscura pantalla, enviaba turbios reflejos sobre cuantos objetos sustentaba la mesa, entre los que descollaba el tintero de plomo lleno de espesa borra de algodón, donde se empapaba sin secarse la tinta, sosteniendo en sus huecos varias plumas de ave.

Una de éstas, dirigida por los pálidos y delicados dedos de la santa fundadora, transmitía al papel, en bien trazados caracteres, la expresión